

DOCE ORACIONES VOCACIONALES



Diócesis
ciudad real

Portada: Detalle de una obra del Centro Aletti en los alrededores del Santuario Nacional de la Virgen de Ta 'Pinu, cerca de Gharb en la isla de Gozo, Malta.

Edita: Diócesis de Ciudad Real
c/ Caballeros, 5 13001 Ciudad Real

Correo electrónico: comunicacion@diocesisciudadreal.es

Diseño y Maquetación: Delegación Diocesana de Comunicación.

Imprime: Artes Gráficas Garrido.

Oraciones vocacionales

Depósito Legal: CR 18-2021

© Todos los derechos reservados

DOCE ORACIONES VOCACIONALES



Diócesis
ciudad real

INTRODUCCIÓN

Tal como propone la Programación Pastoral Diocesana 2020-2021, la Delegación de Liturgia ha elaborado estos materiales para la oración. Se trata de 12 guiones litúrgicos para que las parroquias puedan tener ante el Santísimo un momento de oración con la intención de orar por las vocaciones.

Aunque aquí ofrecemos un esquema para todos, con estructura litúrgica definida y basada en el Ritual para la Exposición del Santísimo, es verdad que se ofrece para que cada parroquia pueda adaptarlo a cada situación. Un esquema que podéis usar con libertad y, sobre todo, ya que puede que no se tenga la posibilidad de que haya sacerdote para la exposición del Santísimo, un seglar, debidamente autorizado puede celebrar la Exposición.

Como nos recuerda el Ritual: «Si no hay sacerdote ni diácono pueden exponer públicamente a la adoración

de los fieles la sagrada Eucaristía el acólito y también el ministro extraordinario de la sagrada comunión u otra persona delegada por el ordinario del lugar. Todos éstos pueden hacer la exposición abriendo el sagrario, o también, si se juzga oportuno, poniendo el copón sobre el altar, o poniendo la hostia en la custodia. Al final de la adoración guardan el Sacramento en el sagrario. No les es lícito, sin embargo, dar la bendición con el Santísimo Sacramento» (Ritual, n. 91).

Es verdad que también se puede organizar sin necesidad de que haya exposición y bastaría hacer la oración ante el sagrario en un oratorio o en la Iglesia.

Toda la oración gira en torno al texto bíblico y siempre con conciencia clara del contexto eucarístico en que estamos (en caso de exposición). Los cantos deben ser conocidos y cada comunidad sabe los que puede utilizar. Del mismo modo, el ritmo orante siempre dependerá de quien dirige la oración, aunque es aconsejable que se haga durante un largo rato, dejando que el Señor pueda dirigirnos su palabra y haya suficiente tiempo de silencio.

La oración vocacional se convierte así en continuación de la entrega del Señor que, presente en el Sacramento, acoge la plegaria sentida de su Iglesia. Nuestro obispo insiste en la necesidad de orar a nuestro Señor por las vocaciones, y es toda nuestra Iglesia la que se pone en oración con humildad. Con todo, los medios están para que podamos «estar con el Señor» y servir al Reino.

Delegación Diocesana de Liturgia

1. REMAR MAR ADENTRO

Lucas 5, 1-11

EN TU PRESENCIA

Congregada la asamblea se puede entonar algún canto de adoración, mientras el ministro se acerca al altar y traslada el Sacramento desde el lugar de la reserva, acompañándolo algunos ayudantes o algunos fieles con cirios encendidos (si es posible).

Se pone el copón o la custodia sobre la mesa del altar cubierto con un mantel. Expuesto el Santísimo Sacramento, si se emplea la custodia, el ministro inciensa al Sacramento.

Si alguien comienza al final de la Eucaristía y se trata de una exposición solemne y prolongada, se consagra en la misa que preceda inmediatamente a la exposición la hostia, que se ha de exponer a la adoración, y póngase en la custodia sobre el altar después de la comunión. Entonces la misa concluirá con la oración después de la comunión, omitiéndose el rito de despedida; y, antes de retirarse, el sacerdote ponga el Sacramento, si se juzga conveniente, sobre el trono o expositorio y se inciensa.

Con asombro agradecido acogemos la presencia del Señor. Velamos en oración con la mirada puesta en aquél que está presente en medio de nosotros en el sacramento de su amor.

Bendito eres tú, Hijo del
Eterno, por las grandes
maravillas que realizas
en nuestra vida, porque pones

en nuestro corazón el deseo de buscarte, la paciencia de esperarte, el gozo de reconocerte y el valor de acogerte.

Pausa de silencio

Te busco, Cristo Luz, y te hallo en los signos eucarísticos de tu cercanía, en los rastros de tu presencia que, generosamente, nos ofreces. Hazme entrar en tu comunión, y descubrir que nuestra vida está ya en ti.

Pausa de silencio

TU PALABRA

Para alimentar la oración íntima, se hacen lecturas de la Sagrada Escritura... que lleven a una mayor estima del misterio eucarístico y a la llamada del Señor. Conviene también que los fieles respondan con cantos a la palabra de Dios. En momentos oportunos debe guardarse un silencio sagrado.

Ante el santísimo Sacramento, expuesto durante un tiempo prolongado, puede celebrarse también alguna parte de la Liturgia de las Horas.

El salmo se puede cantar o recitar de modo intercalado.

Salmo 26

℟ El Señor es mi luz y mi salvación.

El Señor es mi luz y mi salvación,
¿a quién temeré?
El Señor es la defensa de mi vida,
¿quién me hará temblar?

Una cosa pido al Señor, eso buscaré:
habitar en la casa del Señor por los días de mi vida;
gozar de la dulzura del Señor
contemplando su templo.

Escúchame, Señor, que te llamo;
ten piedad, respóndeme.
Tu rostro buscaré, Señor;
no me escondas tu rostro.

Espero gozar de la dicha del Señor
en el país de la vida.
Espera en el Señor, sé valiente;
ten ánimo, espera en el Señor.

Canto (aleluya u otra aclamación a la Palabra)

Lectura evangélica (Lc 5, 1-11)

Una vez que la gente se agolpaba en torno a él para oír la palabra de Dios, estando él de pie junto al lago de Genesaret, vio dos barcas que estaban en la orilla; los pescadores, que habían desembarcado, estaban lavando las redes. Subiendo a una de las barcas, que era la de Simón, le pidió que la apartara un poco de tierra. Desde la barca, sentado, enseñaba a la gente.

Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: «Rema mar adentro, y echad vuestras redes para la pesca». Respondió Simón y dijo: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos recogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes». Y, puestos a la obra, hicieron una redada tan grande de peces que las redes comenzaban a reventarse. Entonces hicieron señas a los compañeros, que estaban en la otra barca, para que vinieran a echarles una mano. Vinieron y llenaron las dos barcas, hasta el punto de que casi se hundían.

Al ver esto, Simón Pedro se echó a los pies de Jesús diciendo: «Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador». Y es que el estupor se había apoderado de él y de los que estaban con él, por la redada de peces que habían recogido; y lo mismo les pasaba a Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Y Jesús dijo a Simón: «No temas; desde ahora serás pescador de hombres». Entonces sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron.

Reflexión

Ya desde el comienzo de su ministerio, Jesús necesitó otras manos para que le ayudaran a extender el Reino de Dios.

Dios se sirve de causas ordinarias, pero también busca situaciones. Lo importante es que la mirada de Jesús se detuvo en los dos hermanos. Un día también el Señor pasó junto a ti, en medio de mis ocupaciones ordinarias. Y cada día pasa de nuevo a mi lado.

Jesús dijo a Simón: "Rema mar adentro y echad las redes para pescar"

¿Será posible? Como cuando llegan momentos en que uno duda de todo y no sabemos hacia dónde mirar.... Mira a Jesús, obedece como Pedro.... "Por tu palabra echaré la red".

Confiar en que Jesús lleva a buen puerto mi proyecto de vida... pedir y obedecerle y, sobre todo, seguirle... es Cristo quien me pide ayuda.

Seguro que pienso en mi debilidad, quizá pienso que no valgo, que no puedo... pero me lo dice Él. Al mirar a Pedro me veo en la misión: "Jesús dijo a Simón: - No temas, desde ahora serás pescador de hombres".

¿Me habla Jesús a mí? Jesús toma la iniciativa y quiere que estés con Él, pero quiere de ti una salida a los demás, quiere que seas "pescador de hombres", que hables en su Nombre a los otros y te entregues a Él. ¡Qué buena labor esta de construir el Reino de Dios con Él y como Él!

SUBA HASTA TI NUESTRA ORACIÓN

Llenos de alegría y gozo por sentirnos llamados a la gran misión de anunciar la Buena nueva a todos los hombres, dirijamos al Padre nuestra oración confiada.

- Por la Iglesia de Dios, para que ore siempre como Cristo nos enseñó, confiándose al Padre. **R. *Te rogamos, óyenos.***
- Por los que han dicho sí al Señor en su vocación de servicio al pueblo de Dios, para que encuentren siempre tiempos dedicados a la oración y la entrega a los demás. **R. *Te rogamos, óyenos.***
- Por los cristianos del mundo, para que la oración sea seguridad en las horas de angustia y duda. **R. *Te rogamos, óyenos.***
- Por los jóvenes, para que no se cansen de buscar en la oración la fuerza y el camino de la verdad. **R. *Te rogamos, óyenos.***
- Para que sean muchos los que sientan la llamada a su vocación de seguimiento del Señor. **R. *Te rogamos, óyenos.***
- Para que no nos de miedo obedecer la Palabra de Cristo que nos invita a servirle en el Reino. **R. *Te rogamos, óyenos.***

Oh Jesús, que con tu ejemplo nos enseñaste a unir nuestra vida a la voluntad del Padre, para salvación del mundo: haz que seamos, por nuestra oración, testigos de la fe y servidores de nuestros hermanos. Tú, que vi-ves y reinas, por los siglos de los siglos. **R Amén.**

Padrenuestro

BENDICIÓN

Hacia el final de la adoración el sacerdote o diácono se acerca al altar, hace genuflexión y se arrodilla, y se canta un himno u otro canto eucarístico. Mientras tanto, el ministro, arrodillado, inciensa el santísimo Sacramento, cuando la exposición tenga lugar con la custodia.

Oración

Padre, me pongo en tus manos, haz de mí lo que quieras; sea lo que sea, te doy las gracias. Estoy dispuesto a todo, lo acepto todo, con tal que tu voluntad se cumpla en mí y en todas sus criaturas, no deseo nada más, Padre. Te confío mi alma, te la doy con todo el amor de que soy capaz, porque te amo y necesito darme, ponerme en tus manos sin medida, con infinita confianza, porque tú eres mi Padre.

Dicha la oración, el sacerdote o diácono, tomando el humeral, hace genuflexión, toma la custodia o copón y hace con la una o el otro en silencio la señal de la cruz sobre el pueblo.

RESERVA

Acabada la bendición, el mismo sacerdote o diácono que dio la bendición, u otro sacerdote o diácono, reserva el Sacramento en el sagrario y hace genuflexión, mientras el pueblo, si se juzga oportuno, hace alguna aclamación, y finalmente el ministro se retira.

2. UNA
HABITACIÓN
GRANDE EN EL
PISO SUPERIOR

Lucas 22, 7-20

EN TU PRESENCIA

Canto o himno inicial y de exposición

La adoración se sitúa en continuidad con la celebración eucarística. Ahora también tú estás dentro de la gran sala del cenáculo. Déjate implicar, deja que Señor te mire, en silencio, que te sugiera y te llegue adentro su voz...

También a ti te dice el Señor Jesús: «He deseado y esperado con toda mi alma poder compartir contigo mi vida». Escucha el deseo de su corazón, el deseo de responderle con sinceridad a lo que te pida.

«Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros». «Por vosotros»: la eucaristía te pone junto a muchos hermanos, dentro de la Iglesia y con los que vienen de fuera... Esta experiencia de oración sólo puedes vivirla en la verdad si te sientes en comunión con todos: con los nuevos Pedro, Judas, Juan... que quieren seguir a Jesús.

Padre, el Espíritu que sostuvo a Jesús, inunde mi vida para que este tiempo de oración me conduzca a su seguimiento.

***Rx* Ven, Espíritu de Dios, sobre nosotros.**

Padre, el Señor Jesús nos prometió en el Cenáculo el Espíritu de la verdad que nos anunciaría y nos daría a conocer todo lo que hay en ti; que descienda sobre nosotros, y abra nuestra mente y nuestro corazón.

℟ Ven, Espíritu de Dios, sobre nosotros.

Padre, tu Hijo Jesús nos dijo: “se acerca la hora, ya está aquí, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad”: que el Espíritu nos conduzca en este tiempo.

℟ Ven, Espíritu de Dios, sobre nosotros.

Canto orante o silencio

TU PALABRA

Salmo 147, 12-13. 14-15. 19-20

℟ Glorifica al Señor, Jerusalén

Glorifica al Señor, Jerusalén;
alaba a tu Dios, Sión:
que ha reforzado los cerrojos de tus puertas,
y ha bendecido a tus hijos dentro de ti.

Ha puesto paz en tus fronteras,
te sacia con flor de harina.
Él envía su mensaje a la tierra,
y su palabra corre veloz.

Anuncia su palabra a Jacob,
sus decretos y mandatos a Israel;

con ninguna nación obró así,
ni les dio a conocer sus mandatos.

Aleluya u otra aclamación a la Palabra

Evangelio de S. Lucas (22, 7-20)

Llegó, pues, el día de los Ácimos, en que se debía sacrificar la Pascua. Y envió a Pedro y a Juan, diciéndoles: «Id a prepararnos la Pascua para que la comamos». Ellos le dijeron: «¿Dónde quieres que la preparemos?». Y él les dijo: «Mirad, cuando entréis en la ciudad, os saldrá al paso un hombre llevando un cántaro de agua. Seguidlo hasta la casa en que entre y diréis al dueño de la casa: “El Maestro te pregunta: ¿Dónde está la habitación en la que voy a comer la Pascua con mis discípulos?”. Él os mostrará en el piso superior una habitación grande amueblada con divanes. Preparadla allí».

Fueron y lo encontraron como les había dicho y prepararon la Pascua. Y cuando llegó la hora, se sentó a la mesa y los apóstoles con él y les dijo: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer, porque os digo que ya no la volveré a comer hasta que se cumpla en el reino de Dios». Y, tomando un cáliz, después de pronunciar la acción de gracias, dijo: «Tomad esto, repartidlo entre vosotros; porque os digo que no beberé desde ahora del fruto de la vid hasta que venga el reino de Dios». Y, tomando pan, después de pronunciar la acción de gracias, lo partió y se lo dio diciendo: «Esto

es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía». Después de cenar, hizo lo mismo con el cáliz diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros.

Reflexión

Pedro y Juan que se adelantan a preparar, como el hombre del cántaro de agua que vive el servicio. Su disponibilidad nos recuerda nuestro trabajo cotidiano. Haznos vivir el espíritu de servicio con la urgencia de aquellos discípulos que prepararon tu Pascua. Concédenos ser los que preparan la habitación «en el piso superior», que crean el clima de alegría, de agradecimiento, de entrega desprendida... es el Señor quien llega.

Jesús envía a sus discípulos, servidores para los demás: para los discípulos... para la comunidad cristiana. Se necesitan servidores.

También a ti te dice: «ardientemente he deseado comer esta Pascua contigo». Soy menos digno que Pedro, Santiago, Juan, Judas... pero esta incondicional confianza tuya... ¿no será una llamada a algo más?

El mismo pan, el mismo cáliz... Los sueños no nos sacian, los hechos nos decepcionan... tenemos hambre de ti. Gracias por tu pan de vida. Pero me pregunto por qué no hay más servidores de la Mesa y de la Palabra. ¿Estaremos un poco sordos a tu llamada?

SUBA HASTA TI NUESTRA ORACIÓN

Adorando al Señor presente entre nosotros le suplicamos por las necesidades de la Iglesia y de todos los hombres, y le decimos: *escúchamos, Señor, en tu bondad.*

- Por la Iglesia, para que celebre con fe el sacramento del Cuerpo y Sangre de Cristo y se vea enriquecida con sus dones.

- Por el Papa, los obispos y sacerdotes, ministros de la Palabra y de la Eucaristía, para que ofrezcan abundantemente el alimento necesario a quienes tienen hambre de Cristo.

- Por los gobernantes de las naciones, para que se esfuercen en crear puestos de trabajo y no falte el pan a las familias.

- Por las comunidades cristianas, para que centren en la Eucaristía todas sus actividades pastorales como su fuente y cumbre.

- Por los enfermos y moribundos, para que sean alimentados y confortados por la fuerza de la Eucaristía.

- Concédenos Señor vocaciones al servicio de los demás a través del sacerdocio o la vida consagrada.

Escucha Señor nuestra plegaria, tú que te haces presente en el sacramento, y fortalécenos en el seguimiento. Por Jesucristo nuestro Señor. *Rx Amén.*

Padrenuestro

BENDICIÓN

Canto de adoración

Oración

Oh Dios, que en este sacramento admirable nos dejaste el memorial de tu pasión; te pedimos nos concedas venerar de tal modo los sagrados misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre, que experimentemos constantemente en nosotros el fruto de tu redención. Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos.

RESERVA

Se puede concluir con algún canto o aclamación

3. MISERICORDIOSOS COMO EL PADRE

Lucas 10, 25-37

EN TU PRESENCIA

Canto o himno y exposición

Pongámonos con humildad ante el Señor Jesús, Cordero inmolado que quita el pecado del mundo, que, con su muerte y resurrección, actualizada en el sacramento de la Eucaristía, nos comunica la bondad del Padre.

Abandonemos todo temor. Estamos ante él como el publicano en el templo, necesitados de misericordia, de perdón, de ternura, de amor. Pidamos al Espíritu que purifique nuestro corazón y abra nuestra mente a la palabra de Dios.

Verdaderamente eres también hoy la «Buena Noticia» porque eres memoria viva del inmenso amor con el que Dios nos ha amado y nos ha mostrado la riqueza de su misericordia.

Silencio

TU PALABRA

Salmo 103 (102)

℟ El Señor es compasivo y misericordioso.

Bendice, alma mía, al Señor,
y todo mi ser a su santo nombre.
Bendice, alma mía, al Señor,

y no olvides sus beneficios.
Él perdona todas tus culpas
y cura todas tus enfermedades;
él rescata tu vida de la fosa,
y te colma de gracia y de ternura;
él sacia de bienes tus días,
y como un águila
se renueva tu juventud.

El Señor es compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia.
No está siempre acusando
ni guarda rencor perpetuo;
no nos trata como merecen nuestros pecados
ni nos paga según nuestras culpas.

Como se levanta el cielo sobre la tierra,
se levanta su bondad sobre los que lo temen;
como dista el oriente del ocaso,
así aleja de nosotros nuestros delitos.
Como un padre siente ternura por sus hijos,
siente el Señor ternura por los que lo temen.

Evangelio según san Lucas (10,25-37)

En esto se levantó un maestro de la ley y le preguntó para ponerlo a prueba: «Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?». Él le dijo: «¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?». Él respondió: «Amarás al

Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fuerza y con toda tu mente. Y a tu prójimo como a ti mismo». Él le dijo: «Has respondido correctamente. Haz esto y tendrás la vida». Pero el maestro de la ley, queriendo justificarse, dijo a Jesús: «¿Y quién es mi prójimo?».

Respondió Jesús diciendo: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó adonde estaba él y, al verlo, se compadeció, y acercándose, le vendó las heridas, echándole aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: “Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando vuelva”.

¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?». Él dijo: «El que practicó la misericordia con él». Jesús le dijo: «Anda y haz tú lo mismo».

Reflexión

Estamos contentos, Señor Jesús, por haberte encontrado, buen samaritano. A menudo nos vemos en la si-

tuación del hombre de la parábola: golpes, moratones, heridas, que la vida nos reserva o que deja en nosotros la lucha contra el mal.

No sólo te detienes por cada uno de nosotros, sino que viertes el óleo de la consolación y el vino de tu esperanza. Después, nos conduces a tu Iglesia y, pagando en persona, tomas a tu cargo nuestra suerte, nuestro mañana, nuestro destino, nuestra esperanza.

Ahora nos llamas también a nosotros a ser buen samaritano con cualquiera que esté en el dolor o en el sufrimiento, aunque no sea de los nuestros, aunque sea un “enemigo”. Tenemos que hacer “lo que hiciste tú”: caer en la cuenta de nuestros hermanos y hermanas, detenernos, cambiar nuestros planes, asumir plenamente su historia y hacernos cargo de ellos para que vuelvan a gozar de la vida.

Y algunos hermanos sienten de modo especial tu llamada para servir a los demás como tú, en una entrega sencilla, vocacional, a través de su sacerdocio o consagración. Lo que es ya mandamiento para todos es para ellos su misión.

SUBA HASTA TI NUESTRA ORACIÓN

Maestro bueno, tú eres nuestro «gracias» al Padre porque precisamente por tu misericordia hemos sido reconciliados; por tu gran amor hemos llegado a ser agradables al Padre y, por ello, enriquecidos por su gracia; por tu bondad hemos sido levantados

del polvo de nuestro pecado. Ahora, por medio de ti, elevamos nuestra alabanza y nuestra acción de gracias al Padre:

Lo pueden recitar juntos o por estrofas

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación,

darte gracias siempre y en todo lugar,

Padre santo, Señor del cielo y de la tierra,

por Cristo, Señor nuestro.

Porque creaste el mundo por medio de tu Palabra y lo gobiernas todo con justicia.

Nos diste como mediador a tu Hijo, hecho carne, que nos comunicó tus palabras

y nos llamó para que le siguiéramos;

él es el camino que nos conduce a ti,

la verdad que nos hace libres,

la vida que nos colma de alegría.

Por medio de tu Hijo

reúnes en una sola familia a los hombres,

creados para gloria de tu nombre,

redimidos por su sangre en la cruz

y marcados con el sello del Espíritu.

Él siempre se mostró misericordioso

para con los pequeños y los pobres,

**para con los enfermos y los pecadores,
y se hizo cercano
a los oprimidos y afligidos.**

**Él anunció al mundo, con palabras y obras,
que tú eres Padre
y que cuidas de todos tus hijos.**

**Por eso, ahora y siempre,
con todos los ángeles proclamamos tu gloria,
aclamándote llenos de alegría:**

**Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del Universo.
Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria.
Hosanna en el cielo.
Bendito el que viene en nombre del Señor.
Hosanna en el cielo.**

Unos momentos de silencio después de cada invocación

- Padre santo, te pedimos, por la misericordia de Cristo, que nos dones el Espíritu del amor, el Espíritu de tu Hijo. **℟ Te rogamos, óyenos.**
- Danos ojos para ver las necesidades y los sufrimientos de nuestros hermanos; infunde en nosotros la luz de tu palabra para confortar a los cansados y oprimidos; haz que nos comprometa lealmente al servicio de los pobres y los que sufren. **℟ Te rogamos, óyenos.**

- Haz que, con nosotros, toda la Iglesia sea testimonio vivo de verdad, de libertad, de paz, para que todos los hombres se abran a la esperanza de un mundo nuevo. **R. *Te rogamos, óyenos.***
- Haz, Padre bueno, que -siguiendo el ejemplo de Jesús, tu Hijo y nuestro hermano- anunciemos al mundo que tú eres Padre misericordioso, grande en el amor y cercano a todos tus hijos. **R. *Te rogamos, óyenos.***
- Haz, Padre santo, que sepamos manifestar tu compasión y tu misericordia con los pobres, los enfermos, los últimos. **R. *Te rogamos, óyenos.***
- Danos hermanos disponibles a tu voluntad que puedan entregar su vida sirviéndote en el sacerdocio o la vida consagrada. **R. *Te rogamos, óyenos.***
- Padre, te ofrecemos nuestra disponibilidad para que sobre toda la tierra pueda llegar tu reino, reino de amor, de justicia y de paz.

Padrenuestro

BENDICIÓN

Canto de adoración

Oración

Padre lleno de amor, que en tu único Hijo revelas el amor gratuito y universal, danos un corazón nuevo, que nos haga capaces de hacer a los demás el bien que esperamos de ellos, de amar también a nuestros enemigos, de bendecir a quienes nos han hecho mal, para ser verdaderos hijos tuyos, que eres Padre bueno y misericordioso. Por Jesucristo, nuestro Señor. *R. Amén.*

RESERVA

Se puede concluir con un recuerdo filial a nuestra Madre, invocándola: «Dios te salve, reina y madre de misericordia...»

4. NO ESTÁ AQUÍ,
¡HA RESUCITADO!

Marcos 16, 1-7

EN TU PRESENCIA

Canto o himno y exposición

Con fe viva adoramos al Señor Jesús que en la Eucaristía perpetúa el acontecimiento pascual de su pasión, muerte y resurrección.

Oh Cordero pascual, Cristo resucitado, nunca nos abandonas, permaneces a nuestro lado. Tú, luz de luz, eres el sol que ilumina nuestros días: rompe las tinieblas y abre nuestro corazón a tu resplandor. Infunde en nosotros el don del Espíritu Santo, y ya no tendremos miedo.

Pausa de silencio

Oh Cordero pascual, Cristo resucitado, siervo obediente hasta la muerte. Tú eres el buen pastor que lleva sobre sus hombros al hombre cansado y herido. Más allá de la muerte te encontraremos —esperándonos— en la otra orilla. Reaviva nuestra esperanza: sólo en ti confiamos.

Pausa de silencio

Oh Cordero pascual, Cristo resucitado, haz germinar una nueva primavera en nuestros inviernos, e infunde calor en nuestros corazones temerosos y apagados. Esperamos serenos el atardecer de la vida y tu quietud. Que se abran ante nuestros ojos horizontes de resurrección.

Pausa de silencio

TU PALABRA

Salmo 117, 12-13; 15-17; 22-24

℟ Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia.

Diga la casa de Israel:
eterna es su misericordia.

Diga la casa de Aarón:
eterna es su misericordia.

Digan los fieles del Señor:
Eterna es su misericordia.

Empujaban y empujaban para derribarme,
pero el Señor me ayudó;
el Señor es mi fuerza y mi energía,
él es mi salvación.
Escuchad: hay cantos de victoria
en las tiendas de los justos.

La piedra que desecharon los arquitectos
es ahora la piedra angular.
Es el Señor quien lo ha hecho,
ha sido un milagro patente.
Este es el día que hizo el Señor:
sea nuestra alegría y nuestro gozo.

Aleluya u otra aclamación de la Palabra

Evangelio según S. Marcos (16, 1-7)

Pasado el sábado, María Magdalena, María la de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús. Y muy temprano, el primer día de la semana, al salir el sol, fueron al sepulcro. Y se decían unas a otras: «¿Quién nos correrá la piedra de la entrada del sepulcro?».

Al mirar, vieron que la piedra estaba corrida y eso que era muy grande. Entraron en el sepulcro y vieron a un joven sentado a la derecha, vestido de blanco. Y quedaron aterradas. Él les dijo: «No tengáis miedo. ¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? Ha resucitado. No está aquí. Mirad el sitio donde lo pusieron. Pero id a decir a sus dis-

cíbulos y a Pedro: “Él va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis, como os dijo”».

Reflexión

Es el día después del sábado, y nos hallamos al alba, cuando sale el sol: está naciendo algo nuevo, un nuevo sol, el del Crucificado resucitado. El evangelista Marcos nos transmite este misterio con una gran sobriedad, como un secreto precioso confiado a pocas mujeres primero y a los discípulos después.

La muerte es anulada por la resurrección de Jesús; las tinieblas del mal son rotas por la luz de la victoria de Dios; la tristeza por la pérdida del Maestro se ve ahora inundada por el gozo del triunfo de la vida.

Las mujeres que van al sepulcro se encuentran de frente a una novedad inesperada: ¡Jesús está vivo! Gracias a su gesto, cargado de atención, premura y amor, ellas tienen la gracia de escuchar las primeras el anuncio pascual: “No tengáis miedo. ¡Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? Ha resucitado. No está aquí”.

Ellas creyeron en él ya antes, y ahora él es el sentido y la esperanza de sus vidas. Esa será su vocación al amor: anunciar a su Señor. Hoy también nos hacen falta pregoneros de esta esperanza.

SUBA HASTA TI NUESTRA ORACIÓN

Crucificado resucitado, haznos capaces de seguirte con prontitud. Ayúdanos a acoger tu vida entregada y ofrecida, para no vaciar la belleza de nuestros días. Que la fe en ti anime nuestra historia.

Un momento de silencio

Crucificado resucitado, no dejes que nos falte la luz de tu presencia. Abrazamos gozosos tu misterio de salvación. En el silencio de nuestros sepulcros, haz nacer, cada día, tu vida nueva.

Un momento de silencio

Crucificado resucitado, el amor te empujó a ofrecerte a ti mismo y ese mismo amor te ha arrancado de la muerte. Tú eres el Viviente, el Amor que provoca amor y vence al odio. Haz brillar tu luz en nuestra incredulidad.

Un momento de silencio

Oremos al Hijo de Dios que en la Eucaristía sostiene nuestra vida incluso en los momentos de la prueba, del cansancio, de la soledad y el desconcierto. Respondemos:

℟. Verdaderamente has resucitado, Señor.

- Tú, luz nueva y principio de vida de un mundo nuevo. **R̄**
- Tú, pan partido, vino derramado y prenda de vida eterna. **R̄**
- Tú, agua viva que sacia nuestro deseo de ti. **R̄**
- Tú, raíz de nuestra libertad y promesa de paz. **R̄**
- Tú, vida que has derrotado el poder del pecado y de la muerte. **R̄**
- Tú, palabra de esperanza y roca inquebrantable de nuestra fe. **R̄**
- Tú, que sigues llamado a los jóvenes a seguirte. **R̄**

Padrenuestro

BENDICIÓN

Canto de adoración y bendición

Oración

Crucificado resucitado, tú has vencido a la muerte. Tú, nuevo Adán, rescatas de la muerte al primer Adán. Enciende, en el vacío profundo de nuestro espíritu, el fuego que nunca se apaga. En ti revienta la vida, el hombre vuelve a esperar y alrededor del sepulcro vacío florece

de nuevo el jardín perdido. Que tu presencia sacramental estimule nuestras vocaciones y anime a los dudan en su fe. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. *Rz* Amén.

RESERVA

Se puede concluir con un canto o una aclamación

5. MARÍA, MODELO DE CONSAGRACIÓN Y SEGUIMIENTO

Lucas 1, 26-38

EN TU PRESENCIA

Canto o himno y exposición

Alabemos al Señor que ha enriquecido a su Iglesia con el don del sacerdocio, con las múltiples formas de vida consagrada y con innumerables gracias, para la edificación del pueblo y servicio de la humanidad. Damos gracias al Señor, que hoy continúa llamando.

Elevemos nuestra humilde y confiada oración por intercesión de María, mujer de entera disponibilidad a Dios, modelo para todos los que han consagrado su vida al servicio del pueblo de Dios.

Te bendecimos Señor Dios, nuestro Padre. Ayúdanos a dar espacio en nosotros a tu palabra, aprendiendo de María, que esperó a tu Hijo Jesús con inefable amor de madre.

Pausa de silencio

Reunidos en tu presencia en el signo de la Eucaristía, te pedimos gustar este tiempo que nos prepara a tu nacimiento. Danos la fe de María, tierra fecunda al rocío de Dios.

Pausa de silencio

OA nuestro alrededor viven muchas personas heridas y probadas. Haz que podamos ser, con tu ayuda, profetas del Adviento, centinelas de esperanza que, con María, cantan tus alabanzas.

Pausa de silencio

TU PALABRA

Salmo 39, 7-8a; 11-11

℟️ Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

Tú no quieres sacrificios ni ofrendas,
y, en cambio, me abriste el oído;
no pides sacrificios expiatorios;
entonces yo digo: «Aquí estoy».

Como está escrito en mi libro:
“para hacer tu voluntad”.
Dios mío, lo quiero,
y llevo tu ley en las entrañas.

He proclamado tu justicia
ante la gran asamblea;
no he cerrado los labios,
Señor, tú lo sabes.

Me he guardado en el pecho tu justicia,
he contado tu fidelidad y tu salvación,
no he negado tu misericordia y tu lealtad
ante la gran asamblea.

Aleluya u otra aclamación de la Palabra

Evangelio según San Lucas (1, 26-38)

En el mes sexto, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. El ángel, entrando en su presencia, dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo». Ella se turbó grandemente ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquel. El ángel le dijo: «No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. 31Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin».

Y María dijo al ángel: «¿Cómo será eso, pues no conozco varón?». El ángel le contestó: «El Espíritu Santo vendrá

sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios. También tu pariente Isabel ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible». María contestó: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». Y el ángel se retiró.

Reflexión

María es aquella que, desde su concepción inmaculada, refleja más perfectamente la belleza divina, la belleza de Dios en una criatura tan amada.

María aparece ante nosotros como ejemplo sublime de consagración, por su pertenencia plena y entrega total a Dios. Elegida por el Señor, que quiso realizar en ella el misterio de la Encarnación, nos recuerda a todos los la primacía de la iniciativa de Dios.

María ha dado su consentimiento a la Palabra divina, que se hizo carne en ella. María aparece como modelo de acogida de la gracia por parte de la criatura humana. Cercana a Cristo, con José, en la vida oculta de Nazaret, presente al lado del Hijo en los momentos cruciales de su vida pública, la Virgen es maestra de seguimiento incondicional y de servicio asiduo.

En ella, brilla de este modo todo el esplendor de la nueva criatura. La miramos como modelo de obediencia y entrega al plan del Padre, de unión con el Hijo y de docilidad al Espíritu.

Identificarse con Cristo significa asumir también el tipo de vida de María.

La relación filial con María es el camino privilegiado para la fidelidad a la vocación recibida y una ayuda eficazísima para avanzar en ella y vivirla en plenitud.

SUBA HASTA TI NUESTRA ORACIÓN

Fue en profundo clima de oración donde María aceptó su misión, y fue gracias a la oración por lo que pudo ser fiel a Dios hasta su último aliento. Unámonos a ella para orar al Señor con su misma fe.

Con María, Señor Jesús, deseamos recibirte, amarte, seguirte, acogiendo en nosotros el acontecimiento de tu encarnación. Abre nuestro corazón a la gratuidad y pon en nuestros labios el “hágase” de nuestra ofrenda.

Un momento de silencio

Señor Jesús, consiéntenos entrar en el silencio de María, permítenos habitar su disponibilidad. Deja que compartamos su libertad y su incondicionada entrega.

Un momento de silencio

Y tú, María, Virgen, Esposa, Madre, danos tu asombro para contemplar el Misterio que se ofrece, la Promesa que se cumple, la Gracia que toma rostro. “He-nos aquí; que se haga en nosotros según su Palabra”.

Un momento de silencio

Llenos de alegría y gozo por sentirnos llamados a la gran misión de anunciar la Buena nueva a todos los hombres, dirijamos al Padre nuestra oración confiada:

℟. Te rogamos, óyenos.

- Por los pastores de la Iglesia, para que, formados en la escuela de María, Reina de los Apóstoles, sean fieles mensajeros de la Palabra de Dios. **℟.**

- Por todos los cristianos, para que, encontrando en María la fuente de la alegría, vivan con autenticidad su propia vocación, dando testimonio de fidelidad radical al mandato del amor. **℟.**

- Por los jóvenes, para que, a ejemplo de María, busquen la verdad con corazón libre y puro, asumiendo sus dificultades y sacrificios inherentes a la fidelidad radical al Evangelio. **℟.**

- Por las personas que han dedicado sus vidas al seguimiento de Cristo, para que, mirando a María, sepan ofrecer a todos el testimonio de una entrega generosa y serena. **℟.**

- Por los que están pensando qué hacer con su vida. Que sepan ser fuertes y decididos en su opción de vida. **℟.**

Señor, Dios nuestro, por medio de María concédenos poner todas nuestras cualidades al servicio de la expansión de tu Reino. Te lo pedimos a ti, que vives y reinas por los siglos de los siglos. ℟. Amén.

**Amada de Dios,
Llena de gracia,
Señora de la aurora,**

***ruega por nosotros.
ruega por nosotros.
ruega por nosotros.***

Madre de la luz,
Estrella de la mañana,
Sierva del Señor,
Madre de justicia,
Madre de la vida,
Aurora de inocencia,
Esplendor de belleza,

*ruega por nosotros.
ruega por nosotros.*

Padrenuestro

BENDICIÓN

Canto de adoración y bendición

Oración

Santa María, Esposa Inmaculada, Madre de Dios, conserva en nosotros un corazón de niño, puro y limpio como agua de manantial. Danos un corazón sencillo, que no se encierre en sus propia tristezas; un corazón obediente y generoso, como el tuyo, que ninguna ingratitud pueda cerrar y ninguna indiferencia pueda cansar. **R̄**
Amén.

RESERVA

Se puede concluir con un canto o una aclamación

6. «¿NO ARDÍA
NUESTRO
CORAZÓN?»

Lucas 24, 13-35

EN TU PRESENCIA

Canto o himno y exposición

Alabemos al Señor que ha enriquecido a su Iglesia con el don del sacerdocio, con las múltiples formas de vida consagrada y con innumerables gracias, para la edificación del pueblo y servicio de la humanidad. Damos gracias al Señor, que hoy continúa llamando.

Elevemos nuestra humilde y confiada oración por intercesión de María, mujer de entera disponibilidad a Dios, modelo para todos los que han consagrado su vida al servicio del pueblo de Dios.

Ven, Espíritu Santo, envía desde el cielo un rayo de tu luz. Ven, padre de los pobres, ven, dador de las gracias, ven, lumbre de los corazones.

Enciende en nosotros el fuego de tu amor.

Consolador buenísimo, dulce huésped del alma, dulce refrigerio; descanso en el trabajo, en el ardor tranquilidad, consuelo en el llanto.

Enciende en nosotros el fuego de tu amor.

Oh luz santísima, llena
lo más íntimo de los
corazones de tus fieles.
Concede a tus fieles que en ti
confían tus siete sagrados dones.

Enciende en nosotros el fuego de tu amor.

Pausa de silencio

TU PALABRA

Salmo 15, 1-2a y 5. 7-8. 9-10. 11

℟: Enséñanos, Señor, el camino de la vida.

Protégeme, Dios mío, pues eres mi refugio.
Yo siempre he dicho que tú eres mi Señor.
El Señor es la parte que me ha tocado en herencia:
mi vida está en sus manos.

Bendeciré al Señor, que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente.
Tengo siempre presente al Señor
y con él a mi lado, jamás tropezaré.

Por eso se me alegran el corazón y el alma
y mi cuerpo vivirá tranquilo,
porque tú no me abandonarás a la muerte
ni dejarás que sufra yo la corrupción.

Enséñame el camino de la vida,
sáciame de gozo en tu presencia
y de alegría perpetua junto a ti.

Aleluya u otra aclamación de la Palabra

Evangelio según San Lucas (24, 13-35)

Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo.

Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?». Él les dijo: «¿Qué?». Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una

aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron».

Entonces él les dijo: «¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?». Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras.

Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?».

Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Reflexión

¡Cómo nos reconocemos en aquellos dos con nuestra tentación de abandonar todo y despistarnos con nuestras cosas, decepcionados con la vida que llevamos, incapaces de esperar!

El Señor entra en nuestra vida caminando a nuestro lado, en nuestras conversaciones, en nuestra tristeza. El Resucitado es compañero de camino... ¿quiero ir con Él?

En medio a nuestras sombras resuenan también voces extrañas, impactantes, y hasta sorprendentes... Historias de algunas personas que han vivido la vida de otra manera, de modo diverso, historias de perdón y curación, historias de bondad, de belleza y de verdad. Es la noticia del todo inesperada: hay una bendición escondida en nuestro sufrimiento.

Pasar a través del fracaso, de la muerte... Necesitamos saber que amar y servir será siempre un aceptar morir, porque sólo así será posible abrirnos a la vida. Morir a nuestro yo para entregarnos a los demás.

¡Qué necios y torpes! La expresión es muy dura. ¿Cuándo hemos tomado verdaderamente en serio la Palabra? ¿Cuándo la hemos puesto en el centro de nuestra vida? Es un toque de atención. ¡Alguien tiene que hacer arder nuestros corazones!

La Eucaristía es reconocimiento. Es la plena comprensión de que quien toma, bendice, parte y da es quien ha deseado entrar en comunión con nosotros, ha caminado junto a nosotros por los caminos de nuestra decepción y nos llama.

“Volvieron a Jerusalén”. Llega la misión. También nosotros tenemos que volver a partir siempre, sin esperar, para contar y escuchar las maravillas del Resucitado. Somos llamados.

SUBA HASTA TI NUESTRA ORACIÓN

Después de cada invocación guardamos unos instantes de silencio

**Señor, adoramos tu presencia eucarística:
haz que amemos lo que Tú amas.**

**Señor, adoramos tu presencia eucarística:
haz que amemos a tu Madre, la Virgen María.**

**Señor, adoramos tu presencia eucarística:
haz que amemos tus mandatos.**

**Señor, adoramos tu presencia eucarística:
haz que amemos a los hermanos más necesitados.**

**Señor, adoramos tu presencia eucarística:
haz que amemos y defendamos la vida.**

**Señor, adoramos tu presencia eucarística:
haz que amemos a los enfermos y marginados.**

**Señor, adoramos tu presencia eucarística:
haz que amemos a los tristes y afligidos.**

**Señor, adoramos tu presencia eucarística:
suscita jóvenes que quieran seguirte en el camino.**

**Señor, adoramos tu presencia eucarística:
haz que amemos el sacrificio que salva.**

Padrenuestro

BENDICIÓN

Canto de adoración y bendición

Oración

Oh Dios, que nos diste el verdadero pan del cielo, concédenos, te rogamos, que, con el poder del alimento espiritual, siempre vivamos en ti y resucitemos gloriosos n el último día. Por Jesucristo nuestro Señor.
R. Amén.

RESERVA

Se puede concluir con un canto o una aclamación

7. YO SOY
EL BUEN PASTOR

Lucas 24, 13-35

EN TU PRESENCIA

Canto o himno y exposición

Nos recogemos en oración, distanciándonos de las muchas distracciones y preocupaciones. Adoremos en el Pan de la Eucaristía gratitud, al Pastor bueno que se sigue donando a sí mismo para la vida del mundo.

Cristo Jesús, Pastor bueno,
calienta el corazón, abre
los ojos, ilumina nuestra
mente. Haznos sentir tu voz a
nosotros, tu rebaño. No dejes de
hablarnos y guiarnos, tú que nos
conoces. Tu Pascua nos anuncia un
amor más fuerte que la muerte.

Pausa de silencio

Cristo Jesús, Pastor bueno,
en ti viene a nosotros el
Dios invisible, y podemos
encontrar al Eterno y llamarlo
“Abba”, “Padre”. Llama de vida,
haz resplandecer con tu presencia
la noche del mundo.

Pausa de silencio

O Cristo Jesús, Pastor bueno, Vela sobre tu rebaño diseminado por toda la tierra. Escuchamos tu voz caminando bajo tu mirada. Condúcenos a todos a los pastos eternos del cielo para saciar nuestra sed en las fuentes puras de la vida y del amor.

Pausa de silencio

TU PALABRA

Salmo 22, 1-3a. 3b-4. 5. 6

℟ El Señor es mi pastor, nada me falta.

El Señor es mi pastor,
nada me falta;
en verdes praderas me hace recostar;
me conduce hacia fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas.

Me guía por el sendero justo,
por el honor de su nombre.
Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tú vas conmigo:
tu vara y tu cayado me sosiegan.

Preparas una mesa ante mí,
enfrente de mis enemigos;
me unges la cabeza con perfume,
y mi copa rebosa.

Tu bondad y tu misericordia me acompañan
todos los días de mi vida,
y habitaré en la casa del Señor
por años sin término.

Aleluya u otra aclamación de la Palabra

Evangelio según S. Juan (10, 11-16)

Dijo Jesús: “Yo soy el Buen Pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas; el asalariado, que no es pastor ni dueño de las ovejas, ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye; y el lobo las roba y las dispersa; y es que a un asalariado no le importan las ovejas.

Yo soy el Buen Pastor, que conozco a las mías, y las mías me conocen, igual que el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; yo doy mi vida por las ovejas. Tengo, además, otras ovejas que no son de este redil; también a esas las tengo que traer, y escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo Pastor”.

Reflexión

El texto evangélico presenta los rasgos del rostro de Dios como los del “Pastor Bueno” que guía, protege y da la vida por su rebaño. Jesús, que es Dios con nosotros, se presenta precisamente así: “Yo soy el Buen Pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas”.

Esta imagen dulce y cargada de ternura infunde confianza, paz y serenidad. Su amor fiel nos da seguridad: incluso en los momentos tristes y oscuros de la existencia, nos sostiene, nos guía y nos acompaña con discreción, respeto y delicadeza.

Jesús, el Cordero Jesús “buen Pastor” es representado a menudo mientras lleva un cordero sobre sus hombros o en sus brazos. Esta imagen, tan querida en la tradición cristiana, expresa la ternura de Dios hacia nosotros. Más aún, el Evangelio nos presenta también a Jesús como “Cordero” manso, humilde, dispuesto al sacrificio de su vida.

Pero, ¿cómo puede un “Pastor” ser también “Cordero”? Jesús es Cordero porque se sometió, dócil y confiadamente, a la voluntad del Padre y tampoco respondió al odio contrario a él.

Es Pastor porque nos conduce, nos conoce por el nombre, entrega su vida por nosotros. Ante la llamada de Cristo Buen pastor nosotros sentimos dentro de nosotros estos sentimientos. Él sigue animándonos hoy a seguirle.

Pero faltan pastores hoy. Recordamos así en nuestra oración que también hoy es necesario que escuchemos su voz y sigamos sus pasos. Que necesita nuestra vida, nuestras manos, nuestra mirada para poder llegar así a todos.

SUBA HASTA TI NUESTRA ORACIÓN

Jesús, Cordero y Pastor, nos conoces uno a uno y nos llamas por nuestro nombre. Nadie nos ama como tú nos amas: porque somos tuyos. Tú eres el Pastor que nos defiende. Nada nos falta, siguiendo tu dulcísima voz.

Un momento de silencio

Jesús, Cordero y Pastor, nos conduces a los pastos de la verdadera vida y a fuentes tranquilas. Tu presteza nos revela tu infinita ternura. Sin ti estamos perdidos y abandonados a nosotros mismos. Búscanos cuando la ilusión nos lleva lejos del redil.

Un momento de silencio

Jesús, Cordero y Pastor, ilumina nuestro interior con tu Palabra, que obedezcamos tu llamada para ser, como Tú, siervos obedientes al plan del Padre.

Un momento de silencio

Jesús, Cordero y Pastor, nos llevas sobre tus hombros como carga ligera. Tu voz llama a los descarriados, fortalece a los desanimados, estimula a los débiles. Sólo tú eres nuestro pastor, a nadie más seguiremos.

Un momento de silencio. Después, con la respuesta de todos, continúa nuestra oración.

R̄ Llévame, Señor, por tus caminos.

- Jesús, buen Pastor, conduce mi vida. R̄
- Empújame a confiar mi libertad a tus cuidados. R̄
- Ayúdame a no dejarme vencer por el orgullo y el temor. R̄
- Custodia en tu voluntad todos mis deseos. R̄
- Sostenme, hoy y siempre, en la senda buena del Evangelio. R̄
- Haz que pueda caminar siempre contigo. R̄

Padrenuestro

BENDICIÓN

Canto de adoración y bendición

Oración

Jesús Sacramentado, buen Pastor, que das tu vida por nosotros, sigue llamándonos por nuestro nombre, también cuando estemos desorientados y perdidos. Voz de la verdad y de la libertad, condúcenos, a la santidad. Devuelve a los errantes al redil de tu amor sin medida. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. R̄ *Amén.*

RESERVA

Se puede concluir con un canto o una aclamación

8. EL ROSTRO
DEL DON.
«TOMAD, ESTO ES
MI CUERPO»

Mc 14, 12-24

EN TU PRESENCIA

Canto o himno y exposición

Espíritu de Dios, medida inmensa e ilimitada del amor del Señor, en lo profundo de nuestro corazón estamos marcados tantas veces por un vacío.

Ven, llénanos con la gracia de tu amorosa presencia .

℟ Espiritu de Dios, ven sobre nosotros.

Huésped desconocido y escondido del amor del Señor, en lo profundo de nuestro corazón estamos marcados por una herida.

Ven, consuélanos con el don de tu dulce cercanía

℟ Espiritu de Dios, ven sobre nosotros.

Espíritu de Dios, rayo íntimo de bienaventuranza, y bálsamo puro del amor del Señor, en lo profundo de nuestro corazón estamos marcados por un doloroso tormento.

Ven, confórtanos con la suavidad de tu ternura

℟ Espiritu de Dios, ven sobre nosotros.

Señor Jesús, haznos conocer la inmensidad de tu don. Consuela con tu amor nuestros corazones estremecidos por las ansias y las inquietudes de la vida. Ilumina

nuestra fe atormentada por la duda, para que podamos contemplar los inconmensurables horizontes de tu amor. **R** *Amén.*

Pausa de silencio

TU PALABRA

Salmo 32, 4-5. 6-7. 12-13. 20 y 22

R **La misericordia del Señor llena la tierra.**

La palabra del Señor es sincera,
y todas sus acciones son leales;
él ama la justicia y el derecho,
y su misericordia llena la tierra.

La palabra del Señor hizo el cielo;
el aliento de su boca, sus ejércitos;
encierra en un odre las aguas marinas,
mete en un depósito el océano.

Dichosa la nación cuyo Dios es el Señor,
el pueblo que él se escogió como heredad.
El Señor mira desde el cielo,
se fija en todos los hombres.

Nosotros aguardamos al Señor:
él es nuestro auxilio y escudo.
Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti.

Aleluya u otra aclamación de la Palabra

Evangelio según S. Marcos (14, 16-24)

Los discípulos se marcharon, llegaron a la ciudad, encontraron lo que les había dicho y prepararon la Pascua. Al atardecer fue él con los Doce. Mientras estaban a la mesa comiendo dijo Jesús: «En verdad os digo que uno de vosotros me va a entregar: uno que está comiendo conmigo». Ellos comenzaron a entristecerse y a preguntarle uno tras otro: «¿Seré yo?». Respondió: «Uno de los Doce, el que está mojando en la misma fuente que yo. El Hijo del hombre se va, como está escrito; pero, ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre será entregado!; ¡más le valdría a ese hombre no haber nacido!». Mientras comían, tomó pan y, pronunciando la bendición, lo partió y se lo dio diciendo: «Tomad, esto es mi cuerpo». Después tomó el cáliz, pronunció la acción de gracias, se lo dio y todos bebieron. Y les dijo: «Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos».

Reflexión

El don contenido en los signos y las palabras de Jesús sobre el pan y sobre el vino revela su rostro de amor: todo indica cómo su vida es “totalmente entregada”. Su gesto eucarístico desvela la “verdad” de su existencia que se manifiesta como comunión, amor y servicio hacia todos.

La institución de la Eucaristía, en el Evangelio de Marcos, es colocada en un contexto de traición (Judas) y de abandono (negación de Pedro y huida de los discípulos). En este áspero contraste entre el gesto de Jesús y la traición de los hombres, la comunidad capta la grandeza y la gratuidad del amor de Cristo: “Tomad, esto es mi cuerpo... esta es mi sangre...”.

No basta afirmar que en el pan y en el vino está la presencia del Hijo de Dios. Cada vez que participamos en la Eucaristía y recibimos la Comunión somos sumergidos en la enormidad del misterio que allí se hace presente: en Jesús, Dios sigue buscando al hombre, viene a nuestro encuentro, nos alcanza, entra en cada uno de nosotros.

Dios está en nosotros y nosotros en Él: he aquí la íntima comunión que nace de la participación en este gran misterio. Ofreciendo su Cuerpo, Jesús nos entrega lo que permite a una persona ponerse en comunión con los otros: palabra, mirada, gesto, escucha, corazón.

Él no ha retenido para sí ni Cuerpo ni Sangre. Ahora, la ley suprema de su vida, la ley suprema del amor ¡habita en nosotros!

Para nosotros es el testamento de su amor: tampoco nosotros podemos ahorrarnos nuestra entrega. Ser llama-

dos por Jesús es ser llamados para servirle y, si Dios lo concede, también ser llamados algunos hermanos para servir la Mesa para otros.

Silencio

SUBA HASTA TI NUESTRA ORACIÓN

Nuestra oración se eleva a Cristo que, como Pan vivo bajado del cielo, sigue ofreciéndose a la humanidad, entregándose a sí mismo y enseñándonos con su ejemplo a hacer lo mismo.

Oh Jesús, Vid verdadera, concédenos a cada uno ser sarmientos tuyos que, en la Iglesia, tienen la fuerza y el valor de dar fruto en ti, incluso en las podas dolorosas.

Un momento de silencio

A ti que estás presente en la Eucaristía te pedimos el don de la fe y de la fidelidad; reaviva en nosotros la valentía de la perseverancia.

Un momento de silencio

Oh Jesús, Pan vivo, manjar que nos alimenta; la comunión contigo nos hace “un solo pan” y nos transforma en “un solo cuerpo”. Acogiendo tu invitación a “comer la Pascua” contigo, ayúdanos a ofrecer nuestra vida hasta el don total de nosotros mismos.

Un momento de silencio

Oh Jesús, Siervo obediente, enséñanos a comprender el secreto de tu vida: tú no viniste para ser servido, sino para servir y dar tu vida en rescate por muchos. Haz que podamos vivir la misma intimidad que hubo entre tú y tus discípulos en la Última Cena, para que también nosotros aprendamos a servir a los demás. «Uno de vosotros me va a entregar».

Un momento de silencio

Oh Jesús, Pastor Bueno, tú que nos conoces a todos por el nombre y diste la vida por nosotros, nos pides que escuchemos tu voz, que te sigamos y te amemos con valentía y confianza. Sostenenos con el Sacramento de tu Cuerpo y de tu Sangre, y haz de nosotros infatigables constructores de comunión.

Un momento de silencio

Oh Jesús, Luz del mundo, somos caminantes, mendigos y buscadores de la Verdad; la humanidad busca Luz y a quien pueda conducirla hacia una reconciliación universal. El don de tu caridad infinita, de tu amor sin medida y excesivo, haga de nosotros testigos creíbles de una fe laboriosa en la caridad.

Un momento de silencio

Oh Jesús, Pan de vida, en la Iglesia hoy faltan vocaciones sacerdotales y consagradas, concédenos el regalo de jóvenes que escuchan, que dan pasos y se quieren sentar a tu mesa para seguir tus pasos.

Un momento de silencio. Después, con la respuesta de todos, continúa nuestra oración.

- Señor Jesús, Pan partido para la vida del mundo, te acogemos en la intimidad de nuestro corazón y de nuestro cuerpo, para estar profundamente unidos a ti en una plena comunión de vida y de amor. Haz que cada día vivamos para ti y por amor a todos.

℟ Quédate, Señor, con nosotros.

- Señor Jesús, Vino derramado para la salvación del mundo, tu Sangre vence la muerte con el amor: Tú que entregaste todo, tu palabra, tus gestos, tu misma existencia, ayúdanos a ser don para la Iglesia, para el mundo, para esta generación nuestra. ℟

℟ Quédate, Señor, con nosotros.

- Señor Jesús, Alimento compartido por la humanidad, nos nutres con tu Cuerpo y nos guardas para la vida eterna. Haznos capaces de ser presencia de amor en medio de nuestros hermanos y danos la valentía de hacer lo mismo que hiciste tú. ℟

R̄ Quédate, Señor, con nosotros.

- Señor Jesús, Bebida vivificante y Sangre preciosa, dada en martirio, tenemos sed de ti. Te rogamos: haz que nuestra vida de cada día sea una participación cada vez más profunda en tu sacrificio de amor.

R̄ Quédate, Señor, con nosotros.

Padrenuestro

BENDICIÓN

Canto de adoración y bendición

Oración

Señor Jesús, haz de todos nosotros un Pan partido y Vino derramado para los hermanos. Cada vez que participamos con fe en la celebración de la Eucaristía, abre nuestros ojos y nuestro corazón para que no solo podamos gozar de tu Don, sino que lo compartamos con nuestros hermanos. Por Jesucristo, nuestro Señor. **R̄ Amén.**

RESERVA

Se puede concluir con un canto o una aclamación

9. ROGAD, PUES,
AL DUEÑO DE LA
MIES QUE MANDE
OBREROS A SU MIES

Mt 9, 35-37

EN TU PRESENCIA

Canto o himno y exposición

La vocación es un misterio grande de fe. Es Dios Padre el que llama todas las cosas a la existencia, toda criatura viviente a la vida, todo ser espiritual al conocimiento y al amor que nos ofrece.

Él llama a todos los hombres para dominar y completar la creación. Pero a algunos les ha llamado en especial para que le sigan y sean obreros que trabajen su mies. Es el Espíritu del Padre y de Jesús el que continúa haciendo que se oigan en la intimidad de cada uno las llamadas más personales.

No podemos olvidarnos que traemos nuestra preocupación por las vocaciones a la vida sacerdotal y consagrada, al matrimonio... y queremos que sigas favoreciendo y enriqueciendo a tu Iglesia con los dones de tu bondad. Te pedimos que sean muchos los que escuchen y respondan generosamente a tu llamada para que tu Iglesia pueda alegrarse con ellos.

Nos disponemos para la escucha de la voz de Dios que nos llama y quiere llamar a otros. Nuestro mundo tiene sed de Dios, necesita la luz de la fe que hace posible el Reino que un día será pleno. Pero hacen falta hermanos en la misión y con esta necesidad nos presentamos ante Dios.

Pausa de silencio

TU PALABRA

Salmo 15, 1-2a y 5. 7-8. 11

℟: Tú eres, Señor, mi heredad.

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti.
Yo digo al Señor: «Tú eres mi Dios».
El Señor es el lote de mi heredad y mi copa,
mi suerte está en tu mano.

Bendeciré al Señor que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente.
Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré.

Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha.

Aleluya u otra aclamación de la Palabra

Evangelio según S. Mateo (9, 35-37)

Y Jesús recorría todas las ciudades y los pueblos, enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Nueva del Reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia. Y al ver a la muchedumbre, sintió compasión por ella, porque estaban vejados y abatidos como ovejas sin pas-

tor. Entonces dice a sus discípulos: "La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies".

Reflexión

Quieres encontrar a Dios. Piensa que es él quien te busca a ti. Recorriendo tus calles y esquinas, tus atajos y desvíos... Es Jesús el que quiere salirte al encuentro. Vive esto con sencillez y en la transparencia; no te hagas notar.

Haz tu camino como una peregrinación interior. Es allí donde le encontrarás. Reconcíliate con la vida, y con tu propia pobreza. Tú también tienes enfermedades y dolencias que sanar. Cristo viene a ti para que tú también aprendas a ir por los caminos sanando, curando en su nombre.

Desea ansiosamente la llegada del Reino. Es la humanidad, es la Iglesia quien ora en ti. Vive tu encuentro con el Padre con la actitud gratuita de quien lo da y lo recibe todo como un don.

Más que hablar, es bueno que escuches. Y más que esforzarte por pedir, dile al Padre que lo esperas todo de Él. Jesús te cuenta hoy cómo está la realidad: la mies es mucha, pero hacen falta obreros para trabajar. ¿Te afecta algo esta visión de Jesús? Te lo cuenta Él.

Cierra la puerta a los ruidos del desamor, la intranquilidad, el egoísmo, el orgullo. Todo ello te incapacita para escuchar a Dios en tu oración silenciosa. La compasión no es un simple sentimiento: Jesús habla de la necesidad de los hombres ante tanto abatimiento, indigencia... ¿quién sanará en su nombre? ¿quién repartirá el pan...?

Dios está aquí, venid adoradores... y rogad al Padre que, por Jesucristo, escuche la plegaria de su Iglesia: concédenos, si quieres, obreros para la mies.

Un momento de silencio en oración. Después, con la respuesta de todos, continúa nuestra oración.

SUBA HASTA TI NUESTRA ORACIÓN

Ante la presencia sacramental del Señor, adorémosle con espíritu de fe como verdaderos adoradores y digámosle:

℟: Te adoramos y alabamos.

- Señor, que has querido permanecer en el sacramento.

℟: Te adoramos y alabamos.

- Señor, que has instituido la Eucaristía como memorial de tu muerte y resurrección.

℟: Te adoramos y alabamos.

- Señor, que nos mandaste celebrar la Eucaristía, diciendo: «Haced esto en memoria mía».

℟: Te adoramos y alabamos.

- Señor, que has dado a comer en el desierto, multiplicando los panes y los peces.

℟. Te adoramos y alabamos.

- Señor, que has prometido en Cafarnaúm el Pan de vida para la vida eterna.

℟. Te adoramos y alabamos.

- Señor, que te has ofrecido en la Cruz para gloria del Padre y salvación nuestra.

℟. Te adoramos y alabamos.

- Señor, que nos ofreces cada día la mesa de tu Palabra y de tu Sacramento.

℟. Te adoramos y alabamos.

- Señor, que has querido permanecer entre nosotros bajo las especies de Pan y Vino.

℟. Te adoramos y alabamos.

- Señor, que nos diste el mandamiento de amarnos unos a otros.

℟. Te adoramos y alabamos.

- Señor, que a los discípulos de Emaús les explicaste las Escrituras y te reconocieron al partir el pan.

R̄ Te adoramos y alabamos.

- Señor, que nos invitas a rogar al Padre que nos mande obreros a la mies.

R̄ Te adoramos y alabamos.

- Señor, que has aparecido resucitado a tus apóstoles para que confirmarlos en la fe. **R̄**

R̄ Te adoramos y alabamos.

Padrenuestro

BENDICIÓN

Canto de adoración y bendición

Oración

Ilumina, Señor, con la luz de la fe
nuestros corazones y abrásalos
con el fuego de la caridad,
para que adoremos en espíritu y
en verdad a quien reconocemos
en este Sacramento como nuestro

**Dios y Señor. Que vive y reina por
los siglos de los siglos. *R* Amén.**

RESERVA

Se puede concluir con un canto o una aclamación

10. DICHOSOS
VOSOTROS SI
LO PONÉIS EN
PRÁCTICA

Jn 13, 1-17

EN TU PRESENCIA

Canto o himno y exposición

Inicia este tiempo de adoración reconociendo que esta, también para ti, es la hora del Cenáculo. El Señor Jesús te reconoce uno de los suyos y te ama como no te puedes ni imaginar. Reconoce su mirada sobre ti, escucha su afecto. Detente a contemplarlo. Cuéntale tu agradecimiento y tu estupor por este tiempo de comunión con Él.

Fija tu mirada también en los hermanos que te rodean y viven contigo este momento de oración. Reconoce que también sobre ellos se posa la mirada de Cristo. Son para Él personas queridas, ora en comunión con ellos.

Piensa ahora en quienes ahora están ausentes. Por trabajo, por problemas de salud, quizá por desánimo, o porque no piensan necesitar de Dios... Tráelos en tu corazón para sientan sobre ellos la caridad de Cristo.

Por esto invocamos la presencia del Espíritu:

℟ Ven espíritu de Dios sobre nosotros.

- Padre, que el don de tu Espíritu encienda en nuestros corazones el deseo ardiente de conocer mejor lo que tu Hijo Jesús nos ha revelado y hacer de ello nuestro alimento cotidiano.

℟ Ven espíritu de Dios sobre nosotros.

- Padre, que tu Espíritu nos enseñe a acoger el Misterio de la Pascua, del Servicio y de la Cena, nos enseñe a celebrar, adorar y vivir en plenitud el Sacramento de la Eucaristía.

R: Ven espíritu de Dios sobre nosotros.

Canto para invitar a la escucha de la Palabra

TU PALABRA

Salmo 115, 12-13; 15-16c, 17-18

**R: El cáliz que bendecimos
es la comunión de la sangre de Cristo.**

¿Cómo pagaré al Señor
todo el bien que me ha hecho?
Alzaré la copa de la salvación,
invocando su nombre.

Mucho le cuesta al Señor
la muerte de sus fieles.
Señor, yo soy tu siervo,
siervo tuyo, hijo de tu esclava:
rompiste mis cadenas.

Te ofreceré un sacrificio de alabanza,
invocando tu nombre, Señor.
Cumpliré al Señor mis votos
en presencia de todo el pueblo.

*Aleluya u otra aclamación de la Palabra***Evangelio según S. Juan (13, 1-17)**

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando; ya el diablo había suscitado en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, la intención de entregarlo; y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro y este le dice: «Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?». Jesús le replicó: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde». Pedro le dice: «No me lavarás los pies jamás». Jesús le contestó: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo». Simón Pedro le dice: «Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza». Jesús le dice: «Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos». Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: «No todos estáis limpios».

Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el

Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis.

Reflexión

Así es nuestro Dios: un Dios de comunión, un Dios que se hace grande haciéndose pequeño, siervo, don. Él nos pide a nosotros dejarnos amar: dejémoslo pasar cerca de nuestra lejanía, de nuestra soledad, de nuestra tristeza, de nuestras decepciones... así pasaremos de este mundo al Padre.

Dejemos que Jesús se arrodille ante nuestros pies sucios, ante nuestras impurezas, que se acerque a nosotros para purificar todo lo que no es amable. Jesús sólo desea restituirnos la posibilidad de participar en el banquete de su Presencia. Entonces podremos ‘tener parte’ con él. Nos sentiremos purificados.

En el servicio de Jesús se realiza una auténtica liturgia: en el gesto sencillo de lavar los pies está él que se ‘parte’ y se ofrece con la totalidad del amor y del don. Y nos invita a hacer lo mismo.

Me lava los pies a mí, aunque sea como Judas, como Pedro, como cualquiera otro “de los suyos”. Él eleva los ojos también conmigo, también para mí hay una caricia que renueva. Pero si no me dejo lavar, si tengo miedo de dejarme amar no tendré parte con él.

Después de habernos hablado con aquel gesto suyo de amor y servicio, ahora Él nos regala la posibilidad de ser

felices, dichosos. La felicidad que buscamos siempre, por todos lados, Él nos dice que la encontramos sólo cuando nos convertimos en siervos. Nos realizamos sólo en el servicio, sólo en el don de nosotros mismos... precisamente como lo hizo Él.

Se trata de una vocación muy concreta para el servicio... también yo recibo la mirada de Jesús, sus gestos...

Un momento de silencio en oración. Después, con la respuesta de todos, continúa nuestra oración.

SUBA HASTA TI NUESTRA ORACIÓN

Queremos, Señor, en este rato de oración y de adoración suplicarte que nos enseñes con tu vida, tu ejemplo, para que te imitemos con nuestra vida. Por eso te decimos:

℟ Enseñanos, Señor, a seguirte.

- Señor, enséñanos a amarte en los pobres.

℟ Enseñanos, Señor, a seguirte.

- Señor, enséñanos a orar.

℟ Enseñanos, Señor, a seguirte.

- Señor, enséñanos a servir a los hermanos.

℟ Enseñanos, Señor, a seguirte.

- Señor, enséñanos tus manos que hicieron el bien.

Rx Enseñanos, Señor, a seguirte.

- Señor, enséñanos a perdonar siempre al que nos ha ofendido.

Rx Enseñanos, Señor, a seguirte.

- Señor, enséñanos a comer el Pan del cielo.

Rx Enseñanos, Señor, a seguirte.

- Señor, enséñanos a vivir el gozo de la resurrección.

Rx Enseñanos, Señor, a seguirte.

- Señor, enséñanos a vivir en la paz y concordia entre los hermanos.

Rx Enseñanos, Señor, a seguirte.

- Señor, enséñanos a ser Iglesia santa.

Rx Enseñanos, Señor, a seguirte.

- Señor, enséñanos a crecer en la voluntad del Padre.

Rx Enseñanos, Señor, a seguirte.

- Señor, enséñanos a escuchar tu llamada.

Rx Enseñanos, Señor, a seguirte.

Padrenuestro

BENDICIÓN

Canto de adoración y bendición

Oración

Ilumina, Señor, con la luz de la fe nuestros corazones y abrázalos con el fuego de la caridad, para que adoremos en espíritu y en verdad a quien reconocemos en este Sacramento como nuestro Dios y Señor. Que vive y reina por los siglos de los siglos. **Rx Amén.**

RESERVA

Se puede concluir con un canto o una aclamación

11. VENID CONMIGO
Y OS HARÉ
PESCADORES DE
HOMBRES

Mt 4, 18-22

EN TU PRESENCIA

Canto o himno y exposición

Ante la presencia de Cristo en el sacramento nos unimos para orar por las vocaciones. Nuestra sociedad necesita de jóvenes que escuchen la voz de Dios que les llama a seguirle. Hacen falta obreros, nuevos pescadores de hombres, que quieran trabajar en la viña del Señor. Nuestra actitud orante ha de suscitar el deseo y la preocupación por las vocaciones a la vida religiosa, sacerdotal, misionera y laical. Unidos en una sola alma y un solo corazón, dirigamos a Dios nuestra oración confiada.

**Te seguiré, te seguiré ¡oh, señor!
detrás de ti con gozo caminaré.**

Te seguiré por la ruta del amor,
y ofreceré al mundo la vida.

Te seguiré por la senda del dolor,
tu cruz en nuestra noche nos salvará.

Te seguiré por la senda de la gloria,
tu luz en nuestra vida nos guiará.

Silencio en oración

TU PALABRA

Salmo 39,2 y 4ab. 7-8a. 8b-9**℟ Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.**

Yo esperaba con ansia al Señor;
 él se inclinó y escuchó mi grito;
 me puso en la boca un cántico nuevo,
 un himno a nuestro Dios.

Tú no quieres sacrificios ni ofrendas,
 y, en cambio, me abriste el oído;
 no pides sacrificio expiatorio;
 entonces yo digo: «Aquí estoy
 — como está escrito en mi libro —
 «Para hacer tu voluntad».

Dios mío, lo quiero,
 y llevo tu ley en mis entrañas.
 He proclamado tu salvación ante la gran asamblea;
 no he cerrado los labios: Señor, tú lo sabes.

Aleluya u otra aclamación de la Palabra

Evangelio según S. Mateo (4, 18-22)

Caminando por la ribera del mar de Galilea vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés, echando la red en el mar, pues eran pescadores, y

les dice: "Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres." Ellos al instante, dejando las redes, le siguieron. Siguió adelante y vio a otros dos hermanos, Santiago el de Zebedeo y su hermano Juan, que estaban en la barca con su padre Zebedeo arreglando sus redes; y los llamó. Y ellos, al instante, dejando la barca y a su padre, le siguieron.

Reflexión

"Un poco más adelante vio a Santiago de Zebedeo y a su hermano Juan, que estaban en la barca repasando las redes. Los llamó". ¿Por qué a ellos? ¿No había otros pescadores por la ribera? Jesús llama a cada uno de una manera personal. Lo importante es estar siempre alerta, para que los ruidos parásitos o la distracción no impidan escuchar la llamada divina cuando llegue.

"Dejaron a su padre en la barca con los jornaleros y se fueron con Él". Debió ser un impacto tremendo para obtener esa reacción tan decidida de abandonar al Zebedeo padre por seguir al rabí Jesús.

Fue para los cuatro el comienzo de una gran aventura -la cosa empezó en Galilea, una aventura que sigue dos mil años después, y en la que estamos implicados todavía.

¿Has sentido esta llamada? ¿A qué llamadas responde tu vida? Echa la vista atrás. Quizá no hay que contentarse con el sí inicial. Jesús puede invitarnos a un seguimiento siempre más estrecho. Seguir a Jesús es estar siempre en camino, disponible. ... ¿Lo hemos dejado todo -y a nosotros mismos- para seguir a Jesús? Su voz sigue siendo actual.

Un momento de silencio en oración. Después, con la respuesta de todos, continúa nuestra oración.

SUBA HASTA TI NUESTRA ORACIÓN

Elevemos nuestra oración suplicante al Señor Jesús, después de haberlo adorado con fe firme presente realmente en el sacramento, y digámosle:

R̄x Ayúdanos, Señor, con tu gracia.

- Señor, creemos en ti.

R̄x Ayúdanos, Señor, con tu gracia.

- Señor, enséñanos a amar.

R̄x Ayúdanos, Señor, con tu gracia.

- Señor, danos tu Espíritu.

R̄x Ayúdanos, Señor, con tu gracia.

- Señor, revélanos al Padre.

R̄x Ayúdanos, Señor, con tu gracia.

- Señor, revélanos tu Palabra.

R̄x Ayúdanos, Señor, con tu gracia.

- Señor, llénanos de tu santidad.

Rx Ayúdanos, Señor, con tu gracia.

- Señor, sana nuestras enfermedades.

Rx Ayúdanos, Señor, con tu gracia.

- Señor, perdona nuestros pecados.

Rx Ayúdanos, Señor, con tu gracia.

- Señor, sigue invitándonos: “venid conmigo”.

Rx Ayúdanos, Señor, con tu gracia.

- Señor, repártenos el Pan eucarístico.

Rx Ayúdanos, Señor, con tu gracia.

- Señor, resucítanos de nuestras muertes cotidianas.

Rx Ayúdanos, Señor, con tu gracia.

- Señor, prepáranos un lugar en tu morada eterna.

Rx Ayúdanos, Señor, con tu gracia.

Un breve silencio para ser agradecidos.

- Tenemos presentes a los que hoy siguen en el camino a través de su vida como consagrados, sacerdotes, novicios, seminaristas... .
- Tantos creyentes que viven el seguimiento de su Señor de tal manera que son luz del mundo y sal de la tierra... .
- Tantos jóvenes de nuestros grupos y movimientos abiertos a la luz de la Palabra de Jesús....
- Tantas familias cristianas que, a través de su ejemplo de vida conforme al Evangelio, quieren hacer fuerte la fe de sus hijos y favorecer en ellos el deseo de imitar a Cristo con fidelidad...

Padrenuestro

BENDICIÓN

Canto de adoración y bendición

Oración

Señor Jesús, ante tu presencia en el Sacramento, te pedimos que prepares nuestros corazones con tu Palabra, de modo que nos dispongamos a cuidar de tu mies abundante. Que el Pan

**de la eucaristía que adoremos en
espíritu y verdad nos fortalezca
en tu seguimiento. Por Jesucristo,
nuestro Señor. *Rx* Amén.**

RESERVA

Se puede concluir con un canto o una aclamación

12. «PROCLAMA
MI ALMA LA
GRANDEZA DEL
SEÑOR»
Lc 1, 46-56

EN TU PRESENCIA

Canto o himno y exposición

Te damos gracias, oh Padre, por las grandes cosas que has hecho por nosotros, y por habernos manifestado tu misericordia. Por medio de la Virgen María, nos diste al Salvador del mundo, tu Hijo, Jesucristo, Señor nuestro. En las manos de María ponemos las necesidades de esta Iglesia que pide a su Señor con humildad nuevas vocaciones.

El Hijo que la Virgen ha engendrado para el mundo sigue estando presente en medio de nosotros en el sacramento de su amor. Invocamos al Espíritu de Dios para que este tiempo de escucha, de alabanza y de adoración sea una experiencia de gracia y de paz. ¡Ven, Espíritu Santo!

Tú santificas y eres portador de vida. Danos una mirada sencilla y vigilante que sepa comprender y contemplar, las maravillas realizadas por Dios.

℟ Ven sobre nosotros Espíritu de Dios.

¡Ven, Espíritu de Cristo! Tú iluminas con íntimo esplendor nuestras almas. Disipa las sombras de la profundidad del corazón, revélanos la belleza y el encanto para dar nueva forma a nuestra existencia. Y reaviva en nosotros la esperanza.

℟ Ven sobre nosotros Espíritu de Dios.

¡Ven, Espíritu del Padre! Tú penetras los abismos y despiertas la vida. Infunde en nosotros una parte de tu claridad, comunícanos ternura y confianza para mirar contigo a toda criatura humana. Y haz aflorar tu reino de paz.

℟ Ven sobre nosotros Espíritu de Dios.

TU PALABRA

Salmo 88, 2-3. 4-5. 21-22. 25 y 27

℟ Cantaré eternamente tus misericordias, Señor.

Cantaré eternamente las misericordias del Señor,
anunciaré tu fidelidad por todas las edades.
Porque dije: «Tu misericordia es un edificio eterno,
más que el cielo has afianzado tu fidelidad».

Sellé una alianza con mi elegido,
jurando a David, mi siervo:
Te fundaré un linaje perpetuo,
edificaré tu trono para todas las edades.

Encontré a David, mi siervo,
y lo he ungido con óleo sagrado;
para que mi mano esté siempre con él
y mi brazo lo haga valeroso.

Mi fidelidad y misericordia lo acompañarán,
por mi nombre crecerá su poder.
Él me invocará: «Tú eres mi padre,
mi Dios, mi Roca salvadora».

Aleluya u otra aclamación de la Palabra

Evangelio según S. Lucas (1, 46-56)

María dijo:

«Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humildad de su esclava.
Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí:
su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia
—como lo había prometido a nuestros padres—
en favor de Abrahán y su descendencia por siempre».

María se quedó con ella unos tres meses y volvió a su casa.

Reflexión

En el silencio, hagamos nuestro este canto de María.

Es el canto de los humildes, de los hambrientos, de los pobres, de quien no cuenta, de quien ha confiado su vida únicamente a Dios.

María, la primera, entona el canto de la nueva humanidad que ahora es visitada por Dios con infinita e inesperada ternura. El Hijo que lleva en sus entrañas lleva a cumplimiento la promesa hecha a Abraham y las esperanzas anunciadas por los profetas.

Hagamos nuestro el cántico de María: ¡Dios ha hecho obras grandes en nosotros! Dios también se adelanta a nosotros ofreciéndonos su bondad. ¿Somos agradecidos ante tanto amor de Dios?

Una Iglesia como la de hoy, necesitada de manos y brazos en la misión... debe orar con la humildad de los auténticos necesitados... Y con la disposición de María para llevar a cabo el plan del Padre.

¿Podrá decir el Padre que mira hoy a su humilde Iglesia? ¿Una Iglesia que huye de la esclavitud de sus éxitos humanos y se implica con obediencia en el Reino? ¿Hijos de Dios obedientes a la Palabra como María?

Ponemos en manos de María la intercesión de hoy: aumenta, Señor nuestra confianza en Dios y la humildad se saber que sólo desde el Dios de Jesucristo podremos servir a los hermanos en el Reino querido por Él.

Un momento de silencio en oración.

SUBA HASTA TI NUESTRA ORACIÓN

El cántico del Magníficat resuene en nuestro corazón y nos ayude a vivir con los mismos sentimientos de María el gozo de la espera de Jesús, para vivir cada vez con mayor profundidad el camino de nuestro seguimiento de Cristo. A la madre confiamos nuestras esperanzas y nuestros retos: con su mirada materna nos acompaña paso a paso y nos ofrece a Jesús, verdadera luz del mundo.

℟ Madre de Dios, ¡danos tu fe!

- Virgen María, madre de la Palabra, Dios te visitó e hizo en ti grandes cosas. Haznos entrar en la fe de tu Magníficat, acompaña a la Iglesia de tu Hijo, bendícela y abrázala como abrazaste a Isabel.

℟ Madre de Dios, ¡danos tu fe!

- Virgen María, madre de la plegaria, en la casa de Isabel cantaste el Magníficat. Ayúdanos a nosotros a exultar en Dios nuestro Salvador; reaviva en nuestro corazón el agradecimiento y la alabanza, haz brotar de nuestros labios palabras de esperanza, abre nuestras puertas a la amistad.

℟ Madre de Dios, ¡danos tu fe!

- Virgen María, madre de la Visitación, infunde en nosotros el entusiasmo de la fe, la alegría del servicio. Alivia

el sufrimiento de los enfermos y la soledad de los ancianos, da luz a los jóvenes, ayuda a todos a encontrar nuevos horizontes de esperanza.

℟ Madre de Dios, ¡danos tu fe!

• Virgen María, madre de la alabanza, ponnos en sintonía con tu cántico de alabanza y enséñanos a descubrir la acción del Espíritu para animar a los jóvenes y a las personas que quieran seguir a tu Hijo en el sacerdocio o la vida consagrada. Tú nos ofreces el Pan de la Vida para que en él halle respuesta toda hambre y toda sed de Dios.

℟ Madre de Dios, ¡danos tu fe!

Padrenuestro

BENDICIÓN

Canto de adoración y bendición

Oración

Oh Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, hiciste grandes cosas en la Virgen María, la Madre de tu adorable hijo, primogénito de una nueva humanidad. Concédenos, también

**a nosotros, llevar a Cristo a los
hermanos y proclamar la grandeza
de tu nombre con himnos de
alabanza y con la santidad de
vida. Por Jesucristo nuestro Señor.**

R. *Amén.*

RESERVA

Se puede concluir con un canto o una aclamación



Diócesis
ciudad real